

**Discurso de clausura de la I Acta Internacional de la Lengua Española presentado por D. Rogelio Blanco, director general del Libro, Archivos y Bibliotecas de España.**

San Millán de la Cogolla (La Rioja), 29 de octubre de 2006

**LA LENGUA: MATRIA COMPARTIDA**

Buenas tardes:

Pocas veces un colectivo tan representativo de instituciones y entidades se reúnen para reflexionar sobre contenidos que no con frecuencia se atienden: el valor económico de la cultura. Las manifestaciones de los hombres son tratadas con mayor o menor pulsión, pero a veces se obvian determinadas dimensiones bien por negligencia bien porque unas áreas son dominantes sobre otras. Y en el caso que nos ocupa, la aportación económica de la cultura y, más en concreto, de la lengua.

Sonetos y corcheas, pinceladas y fotogramas, pareados y metáforas han estado en la mente de expertos que cuidadosamente y con suma competencia nos han señalado los valores estéticos. Debemos agradecerles estas indicaciones, pues las dimensiones éticas y estéticas de la creación humana son irremplazables para hacernos más agradables nuestra presencia y discurrir por el Planeta, pero no son las únicas.

Ciertamente, las diversas manifestaciones de los hombres nos convierten en “ seres únicos, que no “solos” (E. Cioran), aunque sea en y desde la soledad el lugar de las creaciones. Somos seres limitados que necesitamos llenar los vacíos que nos envuelven. Vacíos producidos por la juvenilización e inacabamientos biológicos. Y llenar vacíos, es cubrir necesidades e implica crear cultura. Es el hombre el único ser radicalmente cultural. Y las manifestaciones culturales son las pulsiones y logros para cubrir la orfandad que nos habita. La cultura es el instrumento para llenar vacíos, ya que “el hombre se compone de lo que es y de lo que carece” (Ortega y Gasset).

Hablo del hombre como ser vivo, único entre dos dimensiones: las cosas y, las a veces quizá no bien denominadas, especies inferiores y los dioses. En el medio de quienes biológicamente, como autómatas, disponen de códigos genéticos (los genes) para resolver su tránsito biológico y de los seres superiores, los dioses, que gracias a su completud y plenos de apelativos prefijados con los términos “omni-“ o “pan”, todo poseen, todo tienen, sencillamente, todo son.

Los hombres recibimos los genes, también, de modo vertical y hereditario. Pero estos no condicionan absolutamente nuestras vidas. No nos convierten en autómatas. Por ello, se dice en contraposición que disponemos, además, de menes o elementos transversales que cual rizoma nos cruzan y unen. Se dice, que no siendo hereditarios, se reciben del lugar cultural que se habita y que se han macerado durante siglos conformándonos y transmitiéndose. Son los genes, pues, biológicos. Los menes, culturales.

Estos rizomas culturales han sido creados por los hombres. Son modo de retorcer y prologar la existencia, un espacio de posibilidades infinitas que los hombres han habilitado para soportar lo más livianamente la existencia. Una existencia que convoca de forma entera a la humana condición (M.Montaigne). Es, pues, la cultura un radical antropológico.

A partir de Hegel los hombres construyen “la verdad humana”. Se oyen los mandatos kantianos de “sapere aude!” (¡atrévete a pensar!) y se reconoce el *dictum* heraclitiano “nada permanece, todo cambia”. También pierde el vigor contenido durante siglos el de Parménides. Y el hombre se mira. Adquiere miradas. Una mirada humilde (de *humus*: tierra), que se dirige hacia la tierra. Recupera la metáfora como quiebro frente a imperativos de algunos humanos y de los divinos y polariza con fuerza, gracias a los diversos creadores, dimensiones que bajo la terminación “-ismo”, durante los siglos XIX y XX, son nuestra independiente y emancipada del antropocentrismos necesario, aún a riesgo de caer en determinados narcisismos. Este afán del hombre es el de permitir que crezca su capacidad de crear. Una capacidad de la que se espera que la hominización sea humanización.

”Vete con tus lágrimas a tu soledad hermano mío, yo amo a quién quiere crear por encima de sí mismo y por ello perece” (Nietzsche). No obstante, algunos humanos han

tomado con tanto ahínco este afán creador que han emulado a los dioses: “crear” sin permiso del prójimo. Esta tarea conlleva fundamentalismos ideológicos o económicos que obstinadamente pretenden imponer. Si predominan los ideológicos se suelen denominar totalitarismos; si los segundos, crisolhedonismos.

Mas deseo reiterar la dimensión creadora de los hombres manifestada en la cultura. La dimensión de Dawkins cuando acuña el término “menes”, ya expresado, como unidad de información cultural, como expresión de lo poliédrico y polifónico, dinámico y cambiante, suma que confirma elementos de una red informacional humana y compartida. Los “menes” son permeables y mudables mestizos. Se reproducen, no genéticamente, sino por aprendizaje. Y este hecho sólo sucede en los espacios que habitan los hombres. Los dominios automáticos de los genes, por el contrario, prefijan el *modus vivendi* animal. Necesitamos pues, crear y aprender para liberarnos de los dominios de las miserias, para superar limitaciones, para llenar vacíos. Biológicamente el hombre ha evolucionado formalmente poco, mientras que los cambios y progresos culturales son imparables. La acción biológica de los genes es lenta; la de los menos, dinámica

Una parte de las actividades y creaciones culturales de los hombres, en este orden, se han orientado a cubrir necesidades que algunos denominan “básicas”, o “primarias” y, sencillamente, no dejando de ser culturales y sociales, son económicas. En los días que nos ocupan estas jornadas, la reflexión de los participantes ha recogido investigaciones y experiencias, propias y ajenas. En palabras de J. Echeverría, han dado cuenta de los “entornos” que diacrónicamente han envuelto a los hombres. Creo que podemos concluir que en la cultura habita también un alto valor económico, “evidente, imprescindible y creciente”, como calificó la señora ministra de cultura Carmen Calvo en la conferencia que impartió en el Foro Nueva Economía (15-XII-2005). Ya en este foro la Señora Ministra añadía: “Si bien la cultura y la creación no pueden ser tratadas como una mercancía más, esto lo ha afirmado en numerosas ocasiones, y las eglas del mercado no deberían de servir de forma exclusiva para medir la importancia de la creación, ello no debe suponer que la creación tenga que vivir de espaldas a la realidad económica, e ignorar la importancia de su relevancia en este campo. Es necesario utilizar el lenguaje, a veces frío pero esclarecedor de las magnitudes económicas”.

Se han propuesto, además, parámetros relacionados con la diversidad y mestizaje, de cohesión social e “idea fuerza” de cooperación y encuentros que ejerce la cultura, pero ésta también es fuente de riqueza y de desarrollo.

Frente a grandes economistas (Smith, Ricardo, p.e.) que sólo vieron el valor no productivo y negaron la contribución de la cultura a la riqueza, estudios, ya numerosos en otros países y no tanto en España, máxime a partir de John Galbraith se introduce el paradigma “economía de la cultura” para expresar intereses y tensiones de estudio y atención acerca de éste plus de la misma.

Esta atención quizá ya ha posibilitado una definición aceptable: “Sector cultural: el conjunto de segmentos y actividades productoras y distribuidoras de bienes y servicios con contenidos simbólicos, concebidos por un trabajo creativo, organizadas por un capital que se valoriza y destinados finalmente a los mercados de consumo con una función de reproducción ideológico y social”.

Dentro de este orden qué decir de la cultura que compartimos. Creo que podemos convenir que es un ejemplo de cultura viva y mestiza. “Una cultura de la unidad de la diversidad, donde caben distintas identidades”. Es una cultura clásica. Y clásico se denomina a toda manifestación colectiva o individual susceptible de acoger tres efectos (Lain Entralgo):

- El “efecto-lastre”: recoge, potencia y emite la tradición. Recupera el pasado y lo pone a disposición.

- “Efecto-presente”: da respuestas a necesidades existentes.

“Efecto-futuro”: asienta infinitas posibilidades. Posee fortaleza y da confianza ante el porvenir. P.e. en los 21 países donde se habla español se ha pasado del 94,6% al 96,6% su uso exclusivo como lengua materna en pocos años, sin mencionar otras realidades abundantemente aquí expresadas. Además nuestra cultura supone la recepción de una herencia macerada durante siglos que posibilita la innovación y el progreso, que proyecta e irradia un modo propio de ser, una idiosincrasia perceptible. Además, se presenta ávida de futuro porque:

- Defiende la diversidad como modo de entendimiento.

- Y produce riqueza. Sólo señalar algún dato. En España el sector cultural se dice que da empleo a 500.000 personas, que factura en torno a los 32.000 millones de euros/año. Mas no puedo obviar que soy Director General del Libro Archivos y Bibliotecas, por ello me detengo un poco más con estas tres áreas relevantes de la cultura, y que dan una proyección singular de España. Conforman una red distinguida de la que estamos orgullosos. Así las bibliotecas son la red cultural mayor y disponible con amplio horario y con servicios plenamente gratuitos. Reciben cerca de 100 millones visitas/año. A España, junto con Italia, se la considera el mayor silo archivístico del mundo. ¿Cómo valorar económicamente la “riqueza” de éstos servicios? Debemos intentarlo. Del tercer sector del libro disponemos de datos contundentes que deseo subrayar. Se trata de la industria cultural más importante de España. Cerca de 100.000 empleos directos e indirectos, 7.500 millones de euros factura el sector de artes gráficas y cantidades similares las empresas, editoriales, librerías y distribuidoras lo justifican. Total, se fija en torno a los 15.000 millones de euros la facturación anual. Este sector representa el 0,9% del PIB. A la vez que disemina cerca de 170 sellos en el exterior. Es un sector internacional que se presenta en el siglo XXI con fortaleza, la suficiente para superar nuevos retos. Y el conjunto del sector cultural, se dice que en España representan en torno al 5% del PIB y responden al 2,8% del empleo total, (500.000 empleos).

Ya se indicó que esta industria, en el caso de España, es trasnacional por negocio, presencia y, sobre todo, se ha insistido en ello, porque comparte una lengua con cientos de millones casi todos habitantes de América.

Se considera el valor de la palabra, y su reflejo en una lengua que en el caso de la nuestra con el uso de unos pocos signos (el alfabeto) nos faculta para infinitas posibilidades. Y esta riqueza de posibilidades se debe convertir, tanto en un valor estético, como en expresión y fuente de riqueza. Quizá el año 1492 fuera más que un “descubrimiento” un “encubrimiento” de una civilización “dominante” sobre otras. Posiblemente aquella acción con frecuencia trajo “desencuentros”. Es necesario que el “encubrimiento” sea transformado en un “encuentro”. Y el instrumento que lo posibilita es la lengua que se comparte: “un bien inmaterial que solo pertenece a quien lo utiliza”, señaló el Presidente del Gobierno, Sr. Rodríguez Zapatero. O dicho de otro modo, la lengua de Cervantes es “panhispánica” (Víctor García de la Concha). Es un instrumento “funcional vehicular” (Juan José Durán). Un instrumento complejo, de uso público y

privado, intangible, y con expresión externa que da identidad a quién lo utiliza, “elemento identitario”, que posibilita la integración y la comunicación social, etc., pero también es un valor de uso, un valor económico por su presencia en el comercio de bienes y servicios y en los flujos internacionales de capital (Juan José Durán), por su presencia en los movimientos migratorios (Milagros del Corral).

Covarrubias en *El Tesoro de la Lengua* atisbó su importancia, y ahí se han detenido los análisis, en el valor lingüístico y literario; mas se debe insistir en el valor económico. Un valor que circula por la red, el cine, la radio, etc. y los libros: 310.000 títulos vivos en los catálogos, que compartimos, a disposición de los hispanoparlantes, y 120.000 títulos nuevos al año. Son sencilla muestra de la riqueza que se acumula en torno a este intenso caudal que es la lengua.

En su discurso inaugural aludió el Presidente a la creación. Ahí está el origen de las industrias culturales. Y la creación es patrimonio de quién la posee; acumulada es el patrimonio compartido, o menes cultural y transversal. Un rizoma que unen las dos orillas del Atlántico, cuyo éxito de desarrollo sólo será desde el diálogo y la cooperación, es decir, desde el “encuentro”. Ciertamente irá en alza la reflexión sobre el valor económico y estratégico de influencias de la cultura, mas nunca debe olvidar otros valores que, por antiguos nunca dejarán de ser vigentes: la libertad e igualdad, la justicia y la solidaridad, la diversidad y la sostenibilidad, la competencia y el diálogo, la participación y la cooperación, la paz.

Con estas herramientas participaremos antropológicamente desde nuestra cultura en la “cultura de la globalidad”. Una cultura que por mucho que se llene de éxito, nunca puede estar de espaldas a los derechos humanos como referencia mínima de partida. Quizás sean estas las mónadas del porvenir, a fin de que sea más extensa la ciudad del Babel o la Galaxia de Gutenberg.

El profesor Vázquez Medel nos habló de identidades “compartidas” frente a las asesinas de mestizaje, quizás sean éstas los menes a localizar para acceder al homo loquens o videns, sapiens, o insipiens, en todo caso para alejarse del demens, aunque logre habilidades de digitalis. No obstante estimo que estos “homos” se resumen en viator, lector y quaerens: El hombre es el rey mendigo de la creación, un monarca necesitado y

menesteroso que debe crear cultura, que navega, pero que debe saber leer y, sobre todo, preguntar, para lograr su domus, el locus eutópicos. En una palabra para ser capaz de transformar la cascada de contenidos que recibe en conocimientos. En este esfuerzo nos jugamos el futuro que antes cité en el relato de valores, que, por otro lado, se resumen en una palabra: democracia.

Se ha señalado que históricamente los saberes han estado atados por los poderes, que quien más sabe más puede. Asistimos a un momento en que las nuevas tecnologías permiten perseverar y difundir saberes, es decir, poderes. Los poderes diluidos y compartidos tejen democracia. Si, por el contrario, se concentran en pocas manos privadas, nacionales o transnacionales, se favorece la presencia de los nuevos “basileus” y sus sátrapas, de los faraones y sus sacerdotes, de los templos nilóticos o de los zigurats del poder.

Hablar de democracia es hablar de libertad. Y la libertad también forma parte de nuestro patrimonio. Esto aparece cuando el hombre tiene posibilidades mentales de elegir, de decidir, cuando carece de barreras materiales que impiden actuar sobre lo elegido o decidido. Cuanto mayor sea el nivel y la diversidad de elecciones, mejor es la libertad. Y a la vez debe moverse entre cierto orden y cierto desorden. “Demasiado orden impide la libertad. Demasiado desorden la destruye” (E. Morin). En este vaivén deben actuar las leyes de la industria y del mercado a fin de garantizar las posibilidades de elección y de decisión referidas.

Así pues nos hemos reunido en torno a una lengua, el español, un menes que cruza las creaciones y efectos en las industrias culturales que compartimos conformando la hispanofonía, pero sobre todo un domus de todos o matria. La matria hispanófono que nos nutre y sustantiva para el nuevo viaje que emprendemos y que continuará en Bogotá, Andalucía, Madrid, y Brasil. Deseo que sea un viaje guiado por el viejo y sabio Quirón, conocedor de los arcanos; su sabiduría nos volverá, como a Jasón, de retorno a la matria de origen cargados de experiencias, y haciendo que de nuestros labios manen palabras compartidas.